

VIII CONGRESO ARGENTINO DE PSICOANÁLISIS: “PODER,
LOCURA Y CULTURA”

SESIÓN TEMÁTICA: 5- COMUNIDAD, CULTURA, SOCIEDAD.

TÍTULO: “EL QUIJOTE NO SE MANCHA”

Autores: Lic. Verónica Díaz (Candidata en seminarios de APdeBA);
veronicaesterdiaz@yahoo.com.ar

Lic. Carolina Guembe (Egresada de seminarios de APdeBA);
carolinaguembe@hotmail.com

Introducción

Este trabajo propone continuar con algunas ideas que venimos pensando desde la Revista Devenir 2009. Tomaremos el clásico de Cervantes, “*Don Quijote de la Mancha*”, para articularlo con el título que nos convoca en este congreso.

Jugamos con una frase que dijo Maradona y nos planteamos: ¿Por qué *El quijote no se mancha*? Los héroes de antes y los héroes de ahora, aquellos personajes que se presentan como ideales a seguir, aquellos que bañaban otras épocas y en aquellos personajes que inundan nuestra época actual. Don Quijote dirá al final de sus hazañas que no hay héroes, hecho que lo lleva a la melancolía y luego a la muerte. El título: “*Poder, locura y cultura*” tiene mucho de Quijote, mucho de Sancho y mucho de lo que Argentina vive como país hoy en día.

De la posible relación de una relación quijotesca

“*Los pocos hombres que han sabido alguna cosa y han sido bastante locos para dejar desbordar sus almas y hacer patentes a pueblos sus sentimientos y sus miras, han sido en todos tiempos perseguidos y condenados a las llamas*” Fausto, de Johann Goethe

Diríase que “*Don Quijote de la Mancha*” habita en dos tiempos. El tiempo histórico en el cual fue escrito. Y a su vez habita en la atemporalidad ya que, siglo tras siglo, somos partícipes de la obra escrita por Cervantes. Ahora bien, ¿qué es aquello que porta don Quijote que lo hace eterno entre sus párrafos? Y, ¿qué es lo que hoy leemos y podemos pensar sobre esa magistral obra de la literatura? Entendemos que Cervantes escribió algo más que un libro de hazañas de un

hidalgo caballero. Describió una época, un contexto histórico y una crítica a la sociedad española de ese entonces, cuyo portavoz es el personaje del Quijote.

Permitámonos ahora comparar al protagonista del clásico cervantino con un “personaje” contemporáneo: Diego Maradona. Consideramos que es un personaje porque accedemos a él a través de una construcción que los diferentes medios de comunicación nos permiten armar. La sociedad hace una construcción acerca de esa persona cuyo nombre es Maradona. Ambos son hijos de una época, ambos ilustran con sus hazañas un momento histórico particular y ambos cargan en sus espaldas ideales a conquistar, ya sean propios o ajenos.

De lo imposible de un final quijotesco

Recorriendo los inmensos capítulos que sobre la locura se han escrito, observamos que en todas las épocas ha existido una diferenciación necesaria entre aquello considerado razonable y aquello considerado “loco”. El “loco”, como depositario de lo que cada sociedad no toleraba, como portador de lo extraño, desconocido y temido. En cada época ha existido alguna institución que ha sido la encargada de custodiar la frontera que divide la razón de la locura dándole algún tipo de explicación. Y si fuera necesario, de sancionarla y condenarla. ¿Qué lugar tienen los “locos” en nuestra sociedad? ¿A qué le teme nuestra sociedad? Y, ¿qué es aquello que rechaza?

En el texto *“El Quijote y el quijotismo”*, Helene Deutsch (1934) dice que: *“No cabe duda que en conexión con este empobrecimiento del yo en beneficio del ideal del yo, el juicio de realidad también sufre daño. Porque, evidentemente, la facultad crítica que se origina en la tensión entre el yo e ideal del yo, tiene un papel particularmente importante en el proceso que denominamos juicio de realidad. Únicamente el ideal del yo socializado que busca en el mundo real las posibilidades de identificación y se mide a sí mismo en concordancia con los standards del mundo externo, es capaz de contribuir con su parte al juicio de realidad”*

Dijimos antes que tanto don Quijote como Maradona cargan con ideales a conquistar. Hidalgos caballeros de diferente época, cada uno montado sobre su habilidad, ya sea un rocín flaco o una pelota que no se mancha. Cuando una sociedad respira inconformidad se espera que surja quien pueda sanar esa falta. Ya

sea desde el preguntar y de poner en palabras aquello que la sociedad no quiere cuestionarse, a la manera de don Quijote. O ya sea desde una habilidad personal que lleva a la gloria deportiva a un pueblo arrasado por sinsabores.

Allá y entonces, aquí y ahora, la locura es portavoz de aquello que es rechazado. Por eso siempre hubo “locos”. Y por eso siempre se necesitó tenerlos a raya, poder diferenciarlos y poder encasillarlos. ¿Qué delgada línea hay entre un delirante y un héroe? El delirante es quien, entre sus palabras, asoma una denuncia social que nadie se atreve a señalar. El héroe, en cambio, carga con la necesidad de poderlo todo y contra todos. Que ningún límite lo toque, que nada lo detenga. En una sociedad todos depositan en el héroe la necesidad que esté más allá de todo.

Hoy se leen las historias de Maradona quizás como el Quijote leía sus libros de caballería. Creyendo que existen los “superhéroes” que van a cumplir con los sueños y las fantasías que cada generación tiene. ¿Qué pasa cuando Maradona se equivoca y falla? ¿De qué lado queda esa falla, de Diego Maradona persona, o del ídolo de multitudes?

Don Quijote es DE la Mancha, porque se mancha, porque se embarra y se enreda en sus hazañas, se cuestiona. Y porque al final de sus días puede ver que sus aspiraciones no logran cumplirse. En cambio Maradona, al decir: “*La pelota NO se mancha*”, queda como ideal con la ilusión de que nada lo toca. La mancha está del lado de la persona, lo que perdura está del lado del personaje. “*Si don Quijote, además, hubiera podido imponer su ideal del yo sobre un número suficientemente grande de Sancho Panzas, se habría vuelto en vez de un loco, un héroe y un líder*” (Helene Deutsch, 1934)

La vida del héroe nacional Diego Maradona ha sido pendular, de éxito rotundo a fracaso extremo. Cada año va escribiendo y reescribiendo sus aventuras, de las cuales somos partícipes en vivo y en directo. Consumimos segundo a segundo sus ideas, sus idas y venidas, sus frases para la historia. ¿Quién no conoce a Maradona? Y, ¿qué Maradona es el que se conoce y cuál es el que se oculta? Nos permitimos hablar y criticarlo, pero ¿nos preguntamos acaso que describe Maradona de la Argentina de este siglo?

Encarna una figura omnipotente, capaz de avasallar los valores que sostienen una sociedad. Tiene siempre el poder de un micrófono en mano capaz de llegar más allá de los muros nacionales y pasar a ser un personaje masivo internacional. Cuando el respeto está más en desuso, Maradona está más de moda. Habita en el alma de cientos de argentinos, en el corazón del pueblo futbolero, y en la piel de unos cuantos tatuados con su imagen. Depositamos en sus manos la salida que un grupo no tenía: la posibilidad de una nueva copa del Mundo. *“Está prisionero en medio de la más libre y abierta de las rutas: está sólidamente encadenado a la encrucijada infinita. Es el Pasajero por excelencia, o sea, el prisionero del viaje”* (Michael Foucault) Maradona queda como prisionero de los ideales que una sociedad espera que puede llegar a ser. Él carga en sus espaldas con un número 10 y con la obligación de serlo en todo momento. Su condición de héroe es su más trágica gloria. Siempre estará demasiado idolatrado, demasiado criticado. Lo hemos lanzado a una encrucijada de la cual jamás saldrá airoso. Su vida es una ficción permanente dentro de un mundo globalizado que lo alcanza con sus letras no importa del idioma que sean. Hemos puesto a ese personaje pelear la más difícil guerra: la posibilidad de ser en algún momento, una persona.

¿Qué salida hay para el “Diego Maradona”? La posibilidad de conseguir un Sancho Panza, capaz de acompañarlo día y noche, de recordarle sus necesidades más urgentes, de hacerlo pensar cada vez que algo lo esté cegando. La posibilidad de un interlocutor que lo interrogue, que lo respete, y que al fin del día le cure las heridas que en el camino va cosechando. En definitiva, ¿qué posibilidad le queda al personaje de Diego Maradona de tener un Miguel de Cervantes que le escriba un final digno de ser contado?

Sobre la frontera del psicoanálisis y más allá

¿Nos permitimos ser el Sancho de un paciente quijotesco? ¿En qué medida somos capaces de dejarnos llevar por la asociación libre de un paciente, dejarnos bañar por sus hazañas y desentrañar el profundo mensaje de sus dichos?

En la medida en que funcionemos como acompañantes del paciente en el viaje por su historia, dejando que la asociación libre fluya hasta lograr sumergirnos en la parte quijotesca de la persona. Siendo, como analistas, quien ayude a cuestionar lo irreductible de algunas ideas, quien ayude a organizar aquellos trozos de

historia que no logran unirse entre sí, y quien permita al paciente armar una nueva historia sobre sí mismo.

¿No es acaso la llamada “locura” la más apasionante de las aventuras y el más peligroso de los misterios? Cuando Freud escribe el caso Schreber, al final del historial se plantea: “*Queda para el futuro decidir si la teoría contiene más delirio del que yo quisiera, o el delirio, más verdad de lo que otros hallan hoy creíble*” (S. Freud, 1911)

Como psicoanalistas, ¿cuál es nuestro horizonte, y cuál es nuestra frontera? ¿Tenemos la posibilidad de explicar psicoanalíticamente el problema de la humedad? Claramente, no. ¿No?

En el mejor de los casos, podemos dejarnos llevar por la locura del paciente sin convertirnos en locos. Podemos sumergirnos en las profundidades del inconsciente sin naufragar en él. Podemos pensar las ideas, sin tener que actuarlas. En definitiva, podemos ayudar a darle sentido a la historia del paciente sin convertirnos en protagonistas de esa historia. La transferencia es nuestra herramienta, como la pluma era la herramienta de Cervantes. El lenguaje, nuestro vehículo. Y el paciente, nuestro aliado en el largo camino de un proceso analítico.

Podemos hacer muchas cosas por los pacientes, pero no en todas las sesiones lo logramos. Y muchas veces, como analistas, cargamos en nuestras espaldas con más ideales de los que somos capaces de soportar. ¿Acaso no sentimos frecuentemente la necesidad de siempre hacer bien las cosas? Y, ¿qué sería “hacer bien las cosas”? Porque si asociamos hacer bien las cosas con algo que se debe hacer de un modo determinado, entonces suponemos que hay un ideal a conquistar. Y si tenemos todo esto sobre nuestras espaldas, ¿cómo podemos dejarnos llevar por la asociación libre?

Quizás más de las veces quedamos atrapados en la ilusión de poder con todo y nos olvidamos que existe un más allá, como alguna vez Freud nos enseñó. En todos habita un ideal a conquistar que nos depara un horizonte, y en todos existe la necesidad de, como dice Helene Deutsch, tener constantemente que compararlo con la realidad para que el yo no se vea empobrecido.

Sobre una posible conclusión

Creemos que debemos ser lo suficientemente Quijote y lo suficientemente Sancho para poder ser flexibles y posicionarnos en un diálogo analítico desde el lugar que sea necesario. Acaso, ¿no somos algo quijotesco al embarcarnos en la aventura de una sesión analítica? Y acaso, ¿no necesitamos ser un poco Sancho Panza para salir airosos de la sesión?

Escribiendo la historia de un psicoanálisis deberíamos llegar al final de sus capítulos dejando atrás al personaje que el paciente trae, y dejando más libre a la persona. Debería aparecer la persona y caer el personaje. *“Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero”*

Podríamos establecer un paralelismo entre el diálogo paciente-analista, con el diálogo entre el Quijote y Sancho. Ambos se nutren y ambos se modifican. Sin Sancho no habría Quijote. Sin pacientes, no habría analistas.

Este trabajo habrá cumplido su objetivo si los que estamos aquí presentes pudimos pensarnos como psicoanalistas más allá de lo que el consultorio nos convoca.